

EDITORIALES

EL SIGLO
DE DURANGO

De Política y Cosas Peores

Armando Camorra

Don Temoso era más terco que una mula. Manido es ese símil, pero cierto. Dice un dicho campirano: “Cuando una mula dice: ‘No paso’, y una mujer dice: ‘Me caso’, la mula no pasa y la mujer se casa”. Mala la comparación, pero también es cierta. Si a don Temoso se le metía algo en la cabeza ya nadie se lo podía sacar. No le entraba ni el hacha. Una noche bebía con un amigo en la cantina y exclamó de pronto: “¡Mira! ¡En aquella mesa está el Papa Francisco tomándose un tequila!”. “Carajo -se irritó el amigo-. ¿Cómo crees que el Papa va a estar bebiendo aquí?”. “Te digo que es el Papa” -se obstinó Temoso-. Voy a presentarle mis respetos”. “¡No haga semejante pendejada! -trató de detenerlo el amigo-. Ese hombre no es el Papa”. “Sí es -se empecinó el cabeciduro-, y te lo voy a demostrar”. Así diciendo se levantó de la mesa y fue hacia el individuo. “Perdone, mi estimado -le dijo en la mejor tradición de los borrachos de cantina-. Con todo respeto: ¿es usted el Papa?”. El tipo pensó que el ebrio se estaba burlando de él. Le contestó, violento: “¡El Papa tu tiznada madre!”. Muy escurrido Temoso regresó a su mesa. Le dijo azorado a su compañero: “¡Caramba! ¡No sabía que el Santo Padre fuera tan mal hablado!”. Este amigo mío es un radical. Yo se lo reprocho, pues no me gustan los radicalismos, pero él dice que quien no es radical se queda en la superficie de las cosas y no llega a su raíz. Por fortuna mi amigo no es hombre religioso. Si lo fuera sería un Torquemada que andaría por ahí buscando herejes para llevarlos a la hoguera. En todo lo demás mi amigo es extremista. Declara, por ejemplo, que cuando ve a alguien fumando no puede dejar de pensar que es un tonto. Desde luego él emplea una palabra más radical. “¿Quién en su sano juicio -pregunta- se mete humo en los pulmones sabiendo que lo pue-

de matar?”. Se asombra de que haya aún empresas tabacaleras, es decir fábricas de cigarrillos: “A sus dueños -opina- deberían meterlos a la cárcel por homicidio calificado”. “Ganan dinero asesinando gente”, dice. Quizá su extrema posición en este asunto se debe al hecho de que su padre murió por un cáncer de garganta que le vino por haber sido fumador. En su lecho de muerte, imposibilitado ya de hablar, alzaba penosamente el brazo ante sus hijos, adolescentes todavía, hacía el ademán de llevarse a la boca un cigarro y luego, con gesto de angustia, les decía con el dedo que no. Les estaba diciendo que no cometieran el error que a él lo llevó al dolor y que poco después lo llevaría a la tumba: el error, absurdo y trágico a un tiempo, de fumar. Mi amigo, radical como es, se sorprende, de que siga habiendo fumadores. “Por fortuna se ven ya como un anacronismo -manifiesta-. Cada vez van quedando menos, unos porque dejan de fumar, otros porque se van”. Sin embargo, extremista y todo, mi amigo tiene datos: cada año mueren en México 60 mil personas por causas directamente atribuibles al tabaco. “¡5 mil muertos por mes! -clama-. ¡Ni la violencia criminal mata tanta gente!”. Me entero de ese dato y pienso, aunque no se lo digo: ¿de veras en este asunto del cigarro mi amigo es un extremista radical o es más bien alguien que muestra la raíz de la verdad?... El señor Cucullillo llegó a su casa en hora en que no se le esperaba y encontró a su mujer entrepernada con un hombre que obviamente no era él, pues el sujeto estaba dentro de la cama y él afuera. ¿Quién era el individuo? Era Pitoncio, su amigo desde la juventud. Le preguntó con acento gemebundo: “¿Por qué, si te llamas mi amigo, me haces esto?”. Replicó Pitoncio: “¿Qué no has oído decir que en la cama y en la cárcel se conocen los amigos?”. FIN.

Puertos mexicanos: más preguntas que respuestas

Carlos Heredia

La decisión del Presidente de la República en el sentido de encargar la operación de los puertos y las aduanas portuarias a las fuerzas armadas ha suscitado múltiples reacciones.

A favor están quienes esperan que ahora sí, la Secretaría de Marina Armada de México pondrá orden, abatirá la corrupción, detendrá el tráfico de precursores químicos para drogas sintéticas como el fentanilo hacia EU, y reducirá el nivel de violencia que sufren sobre todo Manzanillo y Lázaro Cárdenas, sin que los marinos incurran en la tentación del ‘quítate tú para ponerme yo’.

Están en contra quienes se oponen a que se destape la cloaca de poderosos intereses de servidores públicos, agentes navieros, y agentes aduanales coludidos con el crimen organizado. Otros señalamos que estamos ante un déjà vu, un episodio más en que las autoridades civiles no pueden o no quieren resolver un problema, y se lo delegan a los militares.

Surgen al menos tres preguntas: a) Se dice que no habrá un mando militar que sustituya al mando civil: ¿así como se anunció para la Guardia Nacional, que acabó subsumida por el mando militar?; b) ¿Cómo garantizar la transparencia y la rendición de cuentas, cuando el dinero que manejan las fuerzas armadas se vuelve información reservada por seguridad nacional?; y finalmente, c) Si el siguiente presidente decide en 2024 regresar a soldados y marinos a sus cuarteles, ¿nos habremos quedado sin cuadros civiles preparados para dirigir puertos y aduanas?

Si sostenemos la hipótesis de que esta decisión presidencial obedece a presiones y compromisos con Washington, surge una pregunta más: ¿la militarización tiene por objetivo detener el tráfico de fentanilo desde puertos mexicanos hacia Estados Unidos? ¿o se trata solamente de reducir el nivel de violencia y bajar el índice de homicidios? Una y otra opción exigen estrategias de naturaleza muy diferente.

En el sistema portuario mexicano

hay funciones de autoridad, que cumple el gobierno federal; de administración, realizadas por las APIs; y de operación y prestación de servicios del sector privado.

México es hoy apenas un punto en el mapa. Un solo puerto chino, el de Shanghai, por sí solo mueve al año 46 millones de contenedores, siete veces más que Manzanillo, Lázaro Cárdenas, Veracruz, Altamira y Ensenada y el resto de los puertos mexicanos juntos.

El Puerto Lázaro Cárdenas (PLC) es el único puerto mexicano que tiene condiciones de convertirse en un hub o nodo estratégico global. Allí operan los líderes mundiales en producción de acero (ArcelorMittal), en transporte marítimo de contenedores (APM-Maersk) y en operación portuaria (Hutchison Port Holdings). Es una plataforma logística que transporta contenedores del Asia-Pacífico al Valle de México, a Monterrey, y al corazón del territorio estadounidense.

Sin embargo, por el PLC sólo transitan mercancías, sin generar valor a nivel local. Funciona como un enclave del siglo XXI en un territorio que permanece estacionado a mediados del siglo XX, donde el crimen organizado controla amplias franjas geográficas, y distintos grupos de interés bloquean a conveniencia vías ferroviarias o carreteras y caseatas de peaje.

No estamos únicamente ante el traslado de gestión de los puertos de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes (SCT) a la Secretaría de Marina, sino frente a un desafío complejo de ingeniería gubernamental y social, que depende del cumplimiento de las responsabilidades de los tres niveles de gobierno sin abdicar de ellas, para salvaguardar la seguridad pública y el Estado de derecho, entendido como la aplicación de nuestras normas jurídicas para todos por igual.

PD: Agradezco al doctor Melchor Arellano Chávez, profesor del Centro de Estudios Superiores Navales (CESNAV), nuestras fructíferas conversaciones.

Twitter: @Carlos_Tampico

Migraciones musicales

Andrew Selee

Ahora que estamos en pleno verano, es tiempo de familia, amigos y música. Claro está que con la pandemia, no hay (o no debería haber) fiestas grandes como antes, pero en casa y entre familiares y amigos, no puede faltar la música. Y no hay música más pegajosa en estos momentos que el reggaetón.

En realidad, el reggaetón es una fusión de músicas que muestra los movimientos migratorios de las Américas. Fusionó los ritmos tradicionales del Caribe —sobre todo salsa, pero con toques de merengue, cumbia, samba y son cubano— que fueron traídos de África con la esclavitud y dado nuevas formas en la cuenca del Caribe, con el reggae, de las islas caribeñas de habla inglesa, con los cuales hay mucha relación, y luego con el hip-hop de Estados Unidos, por la influencia de las diásporas latinoamericanas y las relaciones que muchos cantantes latinoamericanos mantienen ahí.

Toda música es una historia de la migración y estos movimientos humanos van dejando testimonio en los ritmos y melodías que cantamos. Salsa —la salsa que conocemos el día de hoy— también es una música de mezcla, una fusión de estilos caribeños y latinos que se forjó en las calles y los clubes de Nueva York en los años 70 cuando artistas cubanos, venezolanos, colombianos, puertorriqueños, panameños y de otros países llegaron a tocar ahí y juntos refinaron y recombinaron la música de sus países. El merengue llegó a nivel global gracias a Juan Luis Guerra, quien estudió jazz en Estados Unidos, y por Elvis Crespo, el hijo neoyorquino de padres dominicanos.

La música nortea en México —que tiene herencia de vals y polkas alemanes que entraron a México con el corto y malogrado imperio de Maximiliano— mezclada con estilos españoles, indígenas y africanos ya presentes en México, es una conversación constante entre la diáspora mexicana en Estados Unidos y la población rural que se quedó en México. No hay mejor repre-

sentación de la nortea que Los Tigres del Norte, que siguen siendo un fiel reflejo de la vida de los mexicanos aquí y allá, un encuentro permanente entre los que se fueron y los que se quedaron. Los Tigres del Norte viven allá, en California, pero no por eso dejan de ser de aquí también, como tantos mexicanos en la diáspora.

Ahora viene un nuevo capítulo en América Latina. Las migraciones venezolanas, nicaragüenses, haitianas, cubanas, hondureñas, guatemaltecas y están trayendo nuevos ritmos y acentos a la música en los países donde llegan los que se fueron de esos países. En todos los centros históricos de las ciudades sudamericanas, se encuentran músicos venezolanos, parte de la diáspora de más de 5 millones de venezolanos que han dejado sus países. En Costa Rica, los músicos en la calle muchas veces son nicaragüenses, parte de un flujo de más de 100 mil que han huido de su nación al país vecino.

En Tapachula, Chiapas, cerca de Guatemala, los cantantes de corridos guatemaltecos y hondureños, con sus guitarras, compiten con la percusión africana de los cameruneses y congoleños en la plaza central. En Ciudad Juárez, ya no falta donde aprender a bailar como cubanos (por lo menos antes de Covid), gracias al asentamiento (¿quizás temporal? ¿quizás permanente?) de miles de cubanos en esa ciudad. En Tijuana, la Avenida Negrete, en la vieja zona turística, es el epicentro de la comunidad haitiana, miles de quienes ya viven de forma permanente en esta ciudad, tocando su música pegajosa en bares, restaurantes y peluquerías.

Los ritmos que se escuchan en estas ciudades son el nuevo disco de las Américas, un disco que se va actualizando con cada movimiento humano que se da en el hemisferio (entre las Américas y otras regiones del mundo), dando fe de las migraciones que han creado los países en que vivimos y las influencias que nos tocan y nos transforman.

Twitter: @SeleeAndrew

En tres patadas

Diego Petersen Farah

Estambul no tiene la culpa

En política nada hay más complicado que la congruencia. Todos quisiéramos que nuestros políticos fueran absolutamente congruentes entre lo que dicen y lo que hacen, pero eso es imposible. Si hicieran lo que dicen y prometen, y solo eso, el país sería un caos, un conflicto permanente. Si solo prometieran lo que pueden cumplir a cabalidad, las campañas serían lo más parecido a un retiro espiritual de silencio. Por eso la ambigüedad y la contradicción son inherentes a la política.

Pero hay de contradicciones a contradicciones. Una cosa es tener que mediar entre la realidad y el deseo de transformación y la otra es cometer actos abiertamente contradictorios y, al menos en apariencia, por la simple voluntad de decir aquí quien manda soy yo. El nombramiento de Isabel Alvirde como embajadora en Estambul es quizás el “chayote”, el “embute”, más grande de la historia de este país. Sí, es cierto, desde que Calígula hizo consular a su caballo el servicio exterior se ha utilizado para cualquier tipo de arbitrariedades, desde desterrar enemigos o expresidentes hasta para pagar favores o premiar amigos. Pero justamente por eso, porque es una arbitrariedad y un abuso de poder uno no lo espera de una persona que un día sí y otro también acusa de corruptos a sus antecesores y ataca a los periodistas que lo critican porque, sin presentar prueba alguna dice que eran chayoteros,

actúe de una manera distinta.

La designación de Isabel Alvirde como embajadora en Estambul es grave por lo que significa en términos de corrupción del poder, y muy grave por lo que representa para el servicio exterior mexicano. No solo es un insulto a los miembros de carrera del servicio exterior, que tristemente están más que acostumbrados a este tipo de imposiciones con lógica política, sino al país que recibe semejante representación. Estambul es hoy por hoy una de las grandes capitales del mundo y geopolíticamente el punto de encuentro no solo entre dos continentes sino entre dos culturas cada vez más encontradas. Pensar que alguien sin experiencia diplomática puede representar con eficiencia y eficacia los intereses de México en ese país es una quimera; pensar que la relación con Turquía es tan poco trascendente que una persona sin experiencia, por el simple hecho de compartir la visión o la amistad del presidente, puede ser embajadora en ese país, es una irresponsabilidad.

El problema no es el nombre ni lo que representa Isabel Alvirde, que, por supuesto, es muy discutible, pues se trata de una periodista con la adulación a flor de piel cuya convicción más profunda es estar bien con el poder en turno, sino el hecho en sí mismo.

En lo dicho, para ser diferentes se parecen demasiado a sus tan odiados antecesores. Estambul no tiene la culpa.

Su opinión nos interesa

Envíela a: durango@elsiglodedurango.com.mx, Dirección: Hidalgo 419 sur, Zona Centro. Durango, Dgo. C.P. 34000

Por favor incluya su nombre y la ciudad donde reside. Las cartas pueden ser editadas por razones de espacio.